

EL FUTURO, ARMA ARROJADIZA

Hace años en un programa televisivo de incontable y variopinta audiencia, un “vidente” auguró que Pinochet (en esos días habían empezado los juicios contra él) no moriría en su tierra natal. El público aplaudió con euforia.



¿Qué tendrá el futuro?

Hemos nacido en un mundo donde siempre se nos ha inculcado “cómo a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor”, y que por tanto no hay que afanarse demasiado en el presente sino más bien poner los ojos en el futuro, para recobrar una unidad perdida ideal. Los políticos no hablan de otra cosa. Toda campaña política, desde la oposición, no es otra cosa que mostrar un presente imperfecto, mediocre, que debe ser mejorado y superado en aras de un futuro mejor, a cargo de ellos, naturalmente. Los que hablan desde el poder se refieren, las más de las veces, a proyectos, promesas, a la necesidad de mantener la fe en un proyecto. Las religiones han incurrido en la misma idea desde los tiempos en que la tierra era plana, desde que la religión es religión: la vida futura, el paraíso de Mahoma, el disfrute de una eternidad contemplativa. La negación de este tiempo y esta obra que adquiere su significado según lo que será y no según lo que es. Nuestros padres y los educadores nos dicen lo mismo: debes prepararte para el futuro, que el día de mañana seas una persona de provecho (lo cual quiere decir que a día de hoy, nadie sirve para nada, o, como nos indicara Sartre, que a un niño le hacen sentir vergüenza por ser un niño, a un joven por ser joven, al hombre por ser hombre y al anciano por ser anciano). Lo vemos en todas partes: “la universidad del futuro”, “el coche del futuro”, “el combustible del futuro”, y el que más me gusta, “el detergente del futuro”. Para que una persona sea escuchada debe hablar del futuro, pues el futuro convence, cosa que no ocurre con el presente. El futuro es la Posibilidad, el cumplimiento de los sueños, la superación de todos los males. El presente es lo Imposible, la frustración de no ser nada, la vida sometida a las quimeras caprichosas de un tiempo imperfecto, pero que, por otro lado, es el único que tiene realidad.

El futuro, entendido como progreso, no es una palabra vacía sino la Palabra. Piedra angular de un presente que no gusta. La esencia de una promesa. Sánchez Ferlosio, irónicamente, lo ha llegado a considerar incluso como una religión que exige tantos sacrificios como cualquier otra. Lo que se hacía antes en nombre de Dios se hace ahora en nombre del Futuro. Y, lo que se hace en nombre del Futuro, se hace con la misma verdad y pasión con que antaño se hacían las cosas por Dios.

Una religión antigua.

No hay que extrañarse. El futuro es lo desconocido. Lo desconocido produce miedo. El miedo debe ser aplacado con el rito y, ambas cosas juntas, forman una religión primitiva. Cuando este miedo se convierte en amor, formamos una religión sin más. Lo importante, de todas formas, es tener fe. Y ésta, en el caso que nos ocupa, no ha faltado nunca.

Tan antiguo como el tótem es el oráculo. Y, en relación a este último, “se puede afirmar – nos dice Laura Tuan – que la humanidad, desde la hoja de parra a la minifalda, no ha cambiado. Siempre se ha dado la misma inseguridad, la misma necesidad y temor de saber, la misma angustia frente al futuro”. En efecto, cabe decir que todas las culturas, de un continente o de otro, han dependido en gran medida de la adivinación. El Oráculo de Delfos alcanzó fama imperecedera por sus pronósticos, allá iban egipcios, griegos, lidios, romanos, tracios... Por cierto, pronósticos tan repetidos y enseñados en cualquier colegio como el que estableció que Sócrates era el más sabio de los hombres por reconocer su ignorancia. Y también hombres, por ejemplo, ¿quién no ha oído hablar de Tiresias el ciego y las desgracias que anunció? Que se lo digan a Edipo.

En general, cualquier evento de importancia pública o privada era acom-

pañado por la interpretación de las señales y los sueños. Antes cualquier cosa que se viera u oyera se consideraba una señal. Recordemos las 12 águilas que divisó Rómulo en el cielo escasos momentos antes de la fundación de Roma. Esta señal, tras años de especulación, fue tomada a razón de un siglo por águila. Curiosamente, la vida de la Ciudad Eterna fue de 12 de siglos.

La superstición (creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón, según la RAE.), a pesar de su carencia de fundamento, es un hecho humano, muy humano. El sueño, lo inusual (una estrella fugaz, un pájaro de mal agüero, un ruido...) es un signo, esto es, una "realidad cuyo sentido es otra realidad distinta". Cualquier cosa, sea un sueño, una buena mañana, 12 águilas, un eclipse, una mirada atenta sobre mí, se convierte en signo, lo supersticioso toma forma de fundamento y guía de la razón, para lo bueno y lo malo. Si el Futuro se presenta bajo un devenir positivo, la persona no sólo se alegra, además le empieza a dar mayor importancia a su "sexto sentido". En caso contrario, lo usual, es echar la culpa a 'alguien' o alguien. Freud, nos relata "que cuando Jerjes, antes de su campaña contra Grecia, se veía disuadido de sus propósitos bélicos por sus consejeros, y, en cambio, [era] impulsado a realizar[la] por continuos sueños alentadores", a pesar de que fue advertido no vaciló en atacar a los griegos, luego perdió y, parece natural pensar, que mandaría cortar la cabeza a alguien, probablemente a alguien que le hablase bien del porvenir de los sueños. Es importante saber, que el ser humano, cree lo que quiere creer y contra eso ni la violencia disuade.

De hecho, la creencia en el futuro, en lo indeterminado, o, para usar unos términos más globales, lo Oculto o lo esotérico fue tan extensa que las religiones occidentales no vacilaron en condenarlas y perseguirlas: "Cuando hayas entrado en la tierra que Yahvé, tu Dios, te da, no imites las abominaciones de aquellos pueblos [fenicios, asirios, lidios, egipcios...]. No haya en medio de ti quien sacrifique en el fuego a su hijo o a su hija, ni quien practique la adivinación, las suertes, la magia, la encantación, ni quien consulte a espectros o espíritus, ni quien interrogue a los muertos. Pues todo ello es abominable a los ojos de Yahvé, tu Dios" (Dt. 18. 9-12).

Sin embargo, la condena a la superstición no implica un desamparo, sino un incremento de la racionalidad. En el mundo clásico, antes de entrar en la batalla se sacrificaba una bestia, entonces el experto, mirando las vísceras, auguraba la victoria o el fracaso. Es lógico suponer, que si en esos momentos previos al combate, al soldado de a pie se le dice que el sacerdote ha pronosticado la victoria, consiguientemente irá con otra cara a jugarse la vida. No he estado en la guerra, pero supongo que me alentaría oír un vaticinio como ese. La racionalidad religiosa, en tanto que rechace la adivinación, entiende que no es necesario un sacrificio, no, al estar el pueblo en armonía con su dios, se hace todo, digamos, solo. Quién iría a una batalla sin dios y sin auspicio favorable: conocer el futuro da buen ánimo.

La creencia y la democracia

Todos los hombres necesitan creer. Al menos eso es lo que nos dicen. Hace pocos días, Josep Ramoneda, pluma de EL PAÍS, en un reciente artículo (31-01-08) 'La nueva alianza de la derecha y el altar', nos recuerda que el 20 de diciembre de 2007, Sarkozy se expresó en Roma con las siguientes palabras: "un hombre que cree es un hombre que espera. Y es del interés de la República que muchos de sus hombres y mujeres esperen (...) una moral laica corre siempre el riesgo de agotarse cuando no está adosada a una esperanza que colme la aspiración al infinito". Fijémonos, es de "interés de la República" que la actitud sea esperar, con otras palabras: es de interés que haya esperanza. Por otro lado, la aspiración debe ser colmada. En ese mismo artículo nos recuerda que Ratzinger, en septiembre de 2006 "convocaba a las religiones a ocupar el vacío dejado por las ideologías modernas en la escena pública, a aprovechar estos tiempos de incertidumbre y de cambio, para volver al protagonismo político". Hoy la creencia puede dirigirse hacia cualquier lado, eso es lo que preocupa y lo preocupante. Maquiavelo, antes que Sarkozy, sabía, se lo dijo Tito Livio, que la religión

y el poder debían tener una relación simbiótica: "Nunca ha habido un organizador de leyes extraordinarias para un pueblo que no recurriera a Dios, porque de otro modo esas leyes no serían aceptadas". Y es que convence. Livio nos cuenta que Rómulo vio 12 águilas, pero también nos dice que Remo vio 6. Doce son más que seis, Rómulo tiene más futuro, por eso se le perdona que mate a su propio hermano.

El futuro, siempre el futuro. Hoy día asistimos a una revolución en la creencia. No hay más que ver la proliferación de anuncios y empresas dedicadas a las ciencias ocultas. Cuya misión primordial es asegurar el futuro individual de cada cual. Una vez que adviene la democracia y se levantan las censuras religiosas (por parte del Estado) las antiguas creencias florecen. De ese modo las ventas de libros de Ocultismo, de autoayuda, de cosas raras se disparan. Una observación atenta nos ofrece además un fenómeno más que curioso, a saber, la sincretización de unas creencias, de unos ritos que antes no podían salir a la luz, de ahí sobretodo que se les diga Oculto. La historia del Tarot se remonta hasta los egipcios y sus jeroglíficos, pero toma forma de baraja en el Renacimiento, incluso antes. La santería, como veremos en la entrevista a continuación, se remonta más allá de las grandes tratas de esclavos, se pierde en el tiempo en una África profunda y misteriosa.

A pesar de la prensa que tiene cualquier vidente, nos debe llamar la atención no el hecho de que se hayan creado tantas empresas sobre la videncia, hasta el punto de que hoy día no es rentable crearlas, sino más bien la afluencia de personas que dejan su tiempo y su dinero en ellas. En este mundo exotérico se está estableciendo una antigua forma de religión, pero que aparece a nuestros ojos con la forma de lo nuevo.

El error común.

No es mi pretensión decir que la religión, sea cual sea, o los políticos, o los rituales primitivos aún vigentes sean de suyo y por necesidad falsos. Puede que sí, puede que no. Sin embargo, nos meten la promesa del futuro hasta en la sopa. Mucha gente, hoy día, va a votar, concurre a los espacios religiosos, acude a videntes. No es que estemos ahogados en la mentira, pero sí hay algo de engaño en todos aquellos que pretenden que la actitud del hombre hacia lo que no conoce vaya de la mano de un fin público, que fructifica lo

privado. Se recurre a amenazas terrenales, castigos en el más allá, culpabilidad por el presente imperfecto y todo ello, que es lo que choca, en la misma boca de la verdad.

El político y el partido al que está agregado; el religioso sea o no sectario; el vidente, se anuncie o no en la televisión; se presenta ante la sociedad como la única posibilidad de futuro. De ese modo aquel que no le sigue no es un demócrata, ni un ateo, sino que es un pobre desgraciado que no cree en la verdad que se le ofrece, un ignorante culpable de llevar el país a la ruina, un iconoclasta.

Que cada cual piense lo que quiera, que cada cual haga lo que pueda. Para Machado, la cosa es clara: "Hoy es siempre todavía".



BIBLIOGRAFÍA

- Tuan, L. (1998). El gran libro de las ciencias ocultas. ED. De Vecchi. Barcelona.
- Maquiavelo, N. (1993). Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Editorial losada. Buenos Aires,
- Meldi, D. (2001). Tarot. La historia, el simbolismo y el juego. ED. Libsa. Madrid.
- Sánchez Ferlosio, R. (2002). Mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado. ED. Destino. Barcelona.
- Star, E. (1990). Secretos de los naipes. ED. Obelisco. Barcelona.